

CHRIS BOHJALIAN

El Doble Vínculo

Traducción:

ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Adelanto de edición. © MAEVA Ediciones

PRÓLOGO

En el otoño de su segundo año de carrera, Laurel Estabrook estuvo a punto de ser violada. O, mejor dicho, aquel otoño estuvo a punto de ser asesinada. No fue uno de esos casos en los que un guapo miembro de una fraternidad de la Universidad de Vermont, tras un largo rato de flirteo junto al bulboso acero de un barril de cerveza, termina forzando a la muchacha. Al contrario, fue una agresión violenta y siniestra protagonizada por hombres enmascarados —sí, hombres, en plural, con el rostro cubierto por pasamontañas de lana que sólo dejaban ver sus ojos y las comisuras de sus rugientes bocas—. El tipo de ataque que una se imagina que sólo les sucede a otras mujeres en estados lejanos; a víctimas cuyos rostros aparecen en los noticieros de la mañana y cuyas madres desoladas y destrozadas para siempre son entrevistadas por presentadoras arrebatadoramente hermosas.

Laurel estaba dando un paseo en bicicleta por una pista forestal treinta kilómetros al noreste del campus, en los alrededores de un pueblo cuyo nombre resultaba a la vez ominoso y contradictorio: Underhill. Para ser justos, antes de la agresión a la joven el nombre no le parecía amenazador. Sin embargo, en los años posteriores al ataque no se le ocurrió regresar a ese lugar bajo ningún concepto. Eran alrededor de las seis y media de una tarde de domingo, el tercer domingo consecutivo que metía su machacada bicicleta de montaña en el maletero de la ranchera de Talia, su compañera de habitación en la residencia universitaria, y se iba a Underhill a pedalear kilómetros y kilómetros por las pistas que serpentean entre los bosques circundantes. En aquel entonces, le parecía un paraje hermoso: un bosque de cuento de hadas, más cercano a los de Lewis que a los de los Grimm; los arces todavía no habían adquirido ese color vino clarete del otoño; todo eran nuevos brotes llenos de vida, una

maraña de tres generaciones de arces, robles y fresnos, con restos de muros de piedra todavía visibles en las lindes, no lejos de las pistas. No tenía nada que ver con los suburbios de Long Island en los que había crecido, un mundo de casas caras con jardines de impecables céspedes a sólo unas manzanas de una larga franja de luces de neón procedentes de centros comerciales llenos de restaurantes de comida rápida, concesionarios de coches importados y clínicas de adelgazamiento.

Por supuesto, después de la agresión, sus recuerdos de aquel retazo de bosques de Vermont se transformaron radicalmente, al mismo tiempo que el nombre de la localidad cercana adquirió nuevas connotaciones, más oscuras. Más adelante, al recordar aquellos caminos y colinas —algunas parecían demasiado empinadas para subir, pero Laurel lo había conseguido a golpe de pedal— pensaría por el contrario en los surcos y las rodadas que habían machacado su cuerpo con el traqueteo de la bici y en la sensación de que el gran dosel de hojas de árbol ocultaba en exceso las vistas y hacía los bosques demasiado espesos para ser hermosos. A veces, incluso pasados muchos años, cuando luchaba por atrapar el sueño entre oleadas de insomnio, veía aquellos bosques después de que hubieran caído las hojas y se dibujaban en su mente las largas y delgadas ramas de los esqueléticos abedules.

A las seis y media de aquella tarde el sol se acababa de poner y el aire estaba volviéndose húmedo y fresco. No le preocupaba la oscuridad porque había aparcado el coche de su amiga en un camino de gravilla que salía de la carretera y que quedaba a sólo cinco kilómetros de distancia. Junto a este acceso había una casa con una solitaria ventana sobre un garaje adosado, semejante al rostro de un cíclope de tablones con un ojo de cristal. Llegaría en diez o quince minutos. Al pedalear se daba cuenta del potente silbido de la brisa entre los árboles. Llevaba un culote negro de ciclista y una sudadera con la imagen fosforescente de una botella amarilla de tequila impresa en el pecho. No se consideraba especialmente vulnerable. Por el contrario, se sentía ágil, atlética y fuerte. Tenía diecinueve años.

Entonces, una furgoneta marrón la adelantó. No era un monovolumen, sino una furgoneta de las de verdad. El tipo de vehículo que cuando resulta inofensivo va lleno de tuberías y su-

ministros eléctricos, pero cuando es peligroso lleva en su interior los perversos accesorios de los violadores en serie y los asesinos violentos. Sus únicas ventanillas eran pequeñas portillas por encima de las ruedas traseras. Mientras la sobrepasaba, pudo ver que la ventanilla del asiento del copiloto estaba cubierta con una cortina de tela negra. Cuando la furgoneta se detuvo con un repentino chirrido de frenos cuarenta metros más adelante, supo que tenía motivos suficientes para asustarse. ¿Cómo no hacerlo? Había crecido en Long Island: en un tiempo una ciénaga habitada por dinosaurios al borde de una altísima cadena montañosa, hoy un gigantesco banco de arena con forma de salmón, el extraño y casi preternatural caldo de cultivo en el que habían surgido personajes como Joel Rifkin (asesino en serie de diecisiete mujeres), Colin Ferguson (el «Carnicero del Ferrocarril»), Cheryl Pierson (que convenció a un compañero de instituto para que asesinara a su padre), Richard Angelo (el «Ángel de la Muerte» del Hospital del Buen Samaritano), Robert Golub (mutiló a un vecino de trece años), George Wilson (disparó a Jay Gatsby cuando flotaba despreocupado en su piscina), John Esposito (encerró a una niña de diez años en su sótano) y Ronald DeFeo (asesinó a su familia en Amityville).

De hecho, aunque no hubiera crecido en West Egg¹, tenía suficientes motivos para asustarse cuando la furgoneta se detuvo justo ante ella en esa solitaria pista forestal. Cualquier mujer joven habría sentido que se le ponían de punta hasta los pelos de la nuca.

Por desgracia, la furgoneta se detuvo de forma tan repentina que Laurel no tuvo tiempo de darse la vuelta y huir porque la pista era muy estrecha y, además, ella usaba un sistema de pedales automáticos: esto significa que la suela de sus zapatillas de ciclismo iba unida a los pedales por medio de un taco de metal. Habría necesitado desabrochárselo, detenerse y poner un pie de pivote en el suelo para girar su bicicleta ciento ochenta grados. Antes de que le diera tiempo a hacer todo eso, dos hombres aparecieron de un salto, uno desde el asiento del conductor y

¹ Nombre ficticio dado a un barrio del oeste de Long Island en la novela de Francis Scott Fitzgerald *El gran Gatsby*. (N. del T.)

otro desde el del copiloto, ambos con los intimidatorios pasamontañas cubriéndoles el rostro: una muy mala señal a finales de septiembre, incluso en la apacible falsa tundra del norte de Vermont.

Con un desesperado estallido de adrenalina intentó sortearlos, pero no tuvo la más mínima posibilidad. Uno de ellos la agarró por los hombros mientras intentaba escapar y el otro la alzó del suelo —junto con la bicicleta— sujetándola por la cintura. Básicamente la estaban placando como si se tratara de una atacante en fútbol americano y ellos una pareja de defensas que la hubieran alcanzado cerca del área. Gritó —chillidos estridentes, infantiles, desesperados, que expresaban tanto su vulnerabilidad como su juventud— mientras otra parte de su cerebro se concentraba en analizar los principales detalles del aprieto en el que se encontraba: todavía estaba unida por las zapatillas a la bicicleta y tenía que mantenerse así a toda costa, sujetando con fuerza el manillar. Sólo de ese modo podría evitar que su fotografía apareciera en los envases de leche de Vermont y en la portada de los periódicos locales. ¿Por qué? Porque era consciente de que hasta su pelo era fino y delicado, así que no podría superar en fuerza a sus asaltantes. Sin embargo, si no conseguían soltarla de su bicicleta les resultaría mucho más difícil arrastrarla hasta la espesura del bosque o lanzarla al interior de la furgoneta.

Llegado un momento, el más musculoso de los dos, un bestia que olía a gimnasio —no a sudor pestilente, sino a un tufo metálico, como el de las pesas—, intentó darle un puñetazo en la cara, pero ella debió de evitarlo porque el bruto terminó estrellando sus nudillos en el borde del casco y lanzó un juramento. Sus ojos, tras el pasamontañas, eran del gélido gris de los cielos de noviembre, y Laurel pudo ver que alrededor de cada muñeca llevaba tatuado un rollo de alambre de espino a modo de pulsera. Le pidió a gritos a su compañero, que también tenía un tatuaje —una calavera con unas orejas inverosímiles y afiladas, como las de un lobo, y entre cuyos colmillos se deslizaba una espiral de humo—, que tumbara la maldita bicicleta para poder soltar los pies de la muchacha del enganche. Por un instante, Laurel pensó en desengancharse ella misma para darle una patada con la puntera metálica de su zapatilla de ciclismo, pero, gracias a Dios, no lo hizo. Siguió apuntando hacia adelante con los

pies, con el taco de metal de la suela firmemente aferrado al pedal. El asaltante intentó tirar de su talón, pero no sabía nada sobre pedales automáticos y no tenía claro cómo debía girarle los pies. Frustrado, la amenazó con romperle los tobillos, mientras su compañero intentaba arrancarle el pulgar y el resto de los dedos del manillar. Laurel se resistía y seguía gritando con la convicción de que lo hacía para salvar su vida, algo que, evidentemente, era cierto.

Mientras tanto, la llamaban de todo. En el espacio de unos instantes —no llegaría a minutos, aunque puede que sí— la llamaron puta, zorra, coñito, chocho, conejo, puta de mierda, estúpida guarra, calientapollas, sucia perra, ramera de mierda, putita muerta. «Tú, putita muerta», sin verbo. Hasta las palabras resultaban violentas, aunque hubo una frase que, de entrada, le pareció menos cargada de odio, ira o escarnio. La pronunció con lascivia, sin gritar, el más delgado de los dos agresores; era su chiste privado y, sólo después de que la repitiera, Laurel comprendió lo que decía. El hombre había creado un plato a su costa y reducido su vagina a un aperitivo basándose en la concepción errónea de que podría haber algún indicio de humedad precoital lubricándola en ese momento. «Esta noche cenamos almeja en su jugo». Esa era la broma. ¿Lo pillas? «Almeja en su jugo». Sus genitales comparados con un refinado plato de marisco. Pero la broma no tuvo mucho éxito en su compañero. Ninguna reacción, porque se encontraba absorto en el insondable odio que sentía hacia ella. ¿Cómo llaman los psicólogos a ese momento de excitación? Lo que Laurel tenía claro es que para ese hombre llegaría cuando ella muriera. Cuando la mataran.

Finalmente la echaron a ella y a la bicicleta al suelo. Durante una fracción de segundo, Laurel pensó que desistían, pero no. Empezaron a arrastrarla agarrando las ruedas de la bici como si ella y su montura fueran una única criatura, un ciervo muerto que estuvieran sacando a rastras del bosque, tirando de las patas. La llevaban hacia la furgoneta. Su codo y rodilla derechos arañaban la pista. Iban a arrojarla, bicicleta incluida, en el maletero.

Pero no fueron capaces y por eso seguramente Laurel sobrevivió. Tenían tantos aparatos de gimnasio amontonados en la parte trasera de la furgoneta que no consiguieron hacerle un hueco dentro, unida como estaba a su bicicleta. Cuando la le-

vantaron en volandas alcanzó a ver en el interior del vehículo pesas con forma de disco, bancos de ejercicios, barras de hierro y algo que parecía los componentes verticales de una máquina de hacer pesas. Volvieron a lanzarla contra el duro suelo mientras hacían sitio para ella en la furgoneta. Con el golpe, se destrozó la clavícula y se hizo un moratón en el pecho izquierdo que tardaría meses en curarse. Sintió unas cuchilladas de dolor tan profundas que al instante le entraron náuseas y sólo la adrenalina evitó que se pusiera a vomitar. Seguía agarrando con fuerza el manillar de la bicicleta y todavía tenía los pies enganchados a los pedales. Uno de los tipos le gritó que no se moviera, lo que, por diversas causas, estaba fuera de sus posibilidades: no estaba dispuesta a soltar la bicicleta y, con la clavícula rota, era muy probable que desengancharse de los pedales, ponerse de pie y echar a correr le costase una media hora.

¿Cuánto tiempo permaneció allí tirada? ¿Diez segundos?, ¿quince? Seguramente no llegó a medio minuto. Sus agresores vieron a los otros ciclistas antes que ella. Acercándose a ellos por la pista aparecieron tres vigorosos ciclistas que, como se descubrió más tarde, resultaron ser abogados que vivían en Underhill y que volvían a casa tras una ruta de más de cien kilómetros hasta el valle de Mad River. Llevaban bicicletas de carretera y cuando oyeron los gritos de Laurel pedalearon a toda velocidad hacia la furgoneta. Ese tipo de valor que no es muy frecuente en nuestros días. Pero ¿acaso tenían otra elección? ¿Iban a dejar que la secuestraran o la asesinaran? ¿Cómo puede alguien permitir eso? Así que pedalearon decididos. Los dos hombres se montaron a toda prisa en la cabina y cerraron de golpe las puertas. Laurel pensó que iban a escapar. Iban a hacerlo, pero no inmediatamente. Primero dieron marcha atrás intentando atropellarla y matarla. Mandarla al otro barrio. Por fortuna, no se encontraba justo detrás del vehículo. La habían dejado tirada a una distancia suficiente como para que, incluso enganchada al pedal, le dio tiempo a arrastrarse el medio metro que necesitaba para salvar la vida. Pasaron por encima de las ruedas de la bici, destrozándola y magullándole el pie izquierdo. Sin embargo, la zapatilla de ciclismo y la horquilla delantera de la bicicleta evitaron que resultara aplastado. Después, los hombres aceleraron y las ruedas de la furgoneta despidieron gravilla que le saltó a la cara

y los ojos mientras se atragantaba con el humo del tubo de escape.

Cuando fue capaz de respirar de nuevo, por fin vomitó. Sollozaba, sangraba, estaba hecha un asco. Resultaba una víctima patética: una chica tirada en el suelo, atrapada en los pedales de su bici como una tortuga panza arriba sobre su caparazón. Más tarde se daría cuenta de que uno de los agresores le había roto el dedo índice de la mano izquierda al intentar separarla del manillar.

Con mucho cuidado, los abogados giraron sus tobillos para que pudiera liberarse de los pedales y la ayudaron a incorporarse con delicadeza. La furgoneta ya estaba lejos, pero Laurel había retenido la matrícula y pasadas unas horas los hombres fueron detenidos. Uno de ellos trabajaba con culturistas en un club de locos de la halterofilia en Colchester. No vivía lejos de donde ella había aparcado, y la había estado siguiendo la semana anterior. Cuando vio que la ranchera Jetta de la chica cuyo cabello rubio asomaba por detrás del casco de ciclista había vuelto, pensó que era su oportunidad. Laurel era la primera mujer a la que había intentado violar en Vermont, pero ya lo había intentado en Washington e Idaho antes de venir al este, y había rebanado las muñecas de una maestra de escuela que hacía su *jogging* matutino en Montana, dejando que se desangrara hasta la muerte en un campo de trigo. La había atado a una valla de alambre de espino y los tatuajes de sus muñecas eran, como tantos tatuajes, una especie de homenaje. Una obra de arte que lucía como un querido recuerdo.

Aparentemente, su compañero no tenía ni idea de que su nuevo amigo fuera un asesino. Era un vagabundo pendenciero que había llegado a Vermont y pensaba que sólo iban a divertirse un poco a costa de una joven ciclista.

Después de esto, Laurel volvió a su hogar en Long Island para recuperarse y no regresó a la Universidad de Vermont hasta enero, para el segundo semestre. El siguiente verano tuvo que tomar unas clases de refuerzo para recuperar las asignaturas perdidas (de todos modos, se tenía que quedar en Burlington en julio para el juicio). En otoño ya había alcanzado el mismo ritmo que sus compañeros y se graduaría dos veranos más tarde. Sin embargo, el juicio le resultó un trago duro. Las sesiones fueron bre-

ves, pero tuvo que soportar dos. Era la primera vez que se veía de nuevo ante los asaltantes desde el día de la agresión, y también la primera que estudiaba sus caras en persona. El vagabundo, quien redujo drásticamente su condena al testificar contra el culturista, era muy pálido, del color del pescado cocido, y tenía una barba de chivo castaña que alargaba un rostro que ya de por sí parecía muy caballuno. Había perdido todo el pelo en lo alto de la cabeza, y sólo le quedaban unos mechones grises mezclados con otros del mismo marrón que el de la perilla. Aunque era verano, vestía una camiseta de cuello alto para ocultar su tatuaje. Una parte de su defensa se basó en el atenuante de que se había tomado un ácido antes del ataque y que no estaba en plena posesión de sus facultades.

El culturista era un tipo bruto que, mientras esperaba el juicio, había seguido entrenándose en el patio exterior de la prisión del noroeste de Vermont, en el que había algunos aparatos de gimnasio. Cuentan que había hecho pesas incluso en los días helados en los que tenía que quitar la nieve del banco de ejercicios. Pero de nuevo fueron sus ojos grises lo que más turbó a Laurel. Ese verano se había rapado por completo la cabeza, pero ella recordó que el otoño anterior ya tenía el pelo muy cortito y erizado. Tras ser condenado en Vermont, lo extraditaron a Montana, donde fue juzgado y encontrado culpable del asesinato de la maestra de escuela. Ahora cumple cadena perpetua en una penitenciaría a tres cuartos de hora de Butte. El vagabundo, en cumplimiento de su sentencia, fue encarcelado en un correccional a las afueras de Saint Albans, relegado al escalafón más bajo y denigrante dentro de la prisión a ojos de los demás reclusos: el módulo de los agresores sexuales.

La agresión cambió la vida de Laurel en muchos sentidos, pero la manifestación más evidente fue que dejó de dar sus largos paseos en bici. Los enganches le habían salvado la vida, pero la sensación de estar amarrada a los pedales la retrotraía a aquella pista de Underhill, y no quería volver a ese lugar nunca más. De niña había sido muy buena en natación, así que tras unos cuantos años alejada del agua regresó a las piscinas. Se sentía muy relajada tanto por los largos que recorría como por el olor del cloro en su pelo, que le hacía recordar su segura infancia en su burbuja de West Egg.

Los otros cambios fueron más sutiles: una afición por los hombres maduros, que su psicólogo sugería que podría provenir de la necesidad de sentirse protegida —o mimada— por figuras paternas que la defendieran ante cualquier peligro; un rechazo hacia los gimnasios y las salas de pesas; la escritura de un diario; una mayor dedicación a la fotografía; un distanciamiento de la vida social de la facultad, sobre todo de las fraternidades en las que había pasado casi todas las noches de fin de semana durante su primer año de universidad; la decisión, el último año de carrera, de mudarse del colegio mayor a un apartamento muy cerca del campus... Laurel no quería vivir sola. Aunque ya no era una persona especialmente sociable, todavía podía tener momentos de ansiedad que no conseguía apaciguar con sertralina, sobre todo cuando se encontraba a solas en la oscuridad. Por este motivo, Talia Rice, su compañera de habitación desde que ambas llegaron a Vermont a la edad de dieciocho años, se ofreció a compartir piso con ella. Encontraron un apartamento de dos dormitorios, salón y cocina en un laberíntico edificio victoriano que le ofrecía a Laurel la tranquilidad y el retiro que andaba buscando, y al mismo tiempo estaba lo suficientemente cerca del campus para su compañera de piso, decididamente más extrovertida que ella. Además era muy soleado, condición que Talia impuso a la hora de elegir un lugar para mudarse, por el bien de su amiga.

Sin embargo, mucha gente pensaba que Laurel se había vuelto huraña y solitaria. Se daba cuenta. Pero ella no prestaba atención a estos comentarios y se fue deshaciendo de sus amistades más superficiales.

Pero, sin lugar a dudas, el cambio más importante fue este: si Laurel no hubiera sido violentamente agredida, no habría retomado su afición a la natación. Puede sonar prosaico o decepcionante, pero la vida está llena de pequeños instantes que parecen irrelevantes hasta que uno dispone de la distancia suficiente para mirar hacia atrás y ver la sucesión de grandes momentos que desencadenan. Sencilla y llanamente, si Laurel no hubiera empezado a frecuentar casi todas las mañanas las piscinas de la universidad, nunca habría conocido a la ex alumna de Vermont que dirigía el albergue para indigentes de Burlington y que, años después, seguía manteniéndose en forma con la natación; nunca

habría terminado trabajando en el albergue, primero como voluntaria mientras todavía estaba estudiando y después, tras licenciarse, como parte de la plantilla del centro. Y si no hubiera terminado en el albergue para indigentes, nunca habría conocido a un paciente del hospital psiquiátrico, un caballero —pues se trataba de una persona realmente caballerosa— que le sacaba cincuenta y seis años y que era conocido por el nombre de Bobbie Crocker.

El padre de Laurel le había dado algunos consejos mientras se hacía mayor: no basta con ser inteligente, el esfuerzo es importante. Y, sí, nunca tenía que olvidarse de que, mientras ella crecía en una bonita casa de un imponente barrio con una madre dispuesta a llevarla en coche a los partidos de fútbol y a las clases de natación, la mayoría del mundo vivía en una pobreza total y absoluta y algún día tendría que pagar un precio a cambio. Con esto, su padre no quería sugerir en tono siniestro que le aguardaba una contrapartida kármica por haber encontrado siempre comida en la mesa, por no haber vuelto nunca del centro comercial sin la ropa y los CD que deseaba o por no haberle faltado chicos con los que enrollarse.

Su padre lo sabía todo sobre el consumismo, pero nada sobre los chicos. Por lo menos nada trascendente. Murió poco antes de que Laurel terminara la carrera sin tener la más mínima idea sobre los gustos sexuales de su hija, ni sobre las primeras experiencias que tuvo en los círculos del instituto por los que se había movido, ni sobre el carrusel sexual que había marcado su primer año en la Universidad de Vermont.

Su padre era un rotario, lo que lo convertía en un blanco perfecto para las burlas y el escarnio. Sin embargo, él se mantenía firme en sus creencias y en su propósito de que cuando sus dos hijas fueran mayores tendrían la obligación moral de echar una mano a aquellos que no disfrutasen de sus comodidades. De hecho, su club construyó y financió un orfanato en Honduras y él lo visitaba una vez al año para inspeccionarlo y asegurarse de que las subvenciones estaban bien aprovechadas y empleadas. Por eso Laurel siempre había procurado defender al Club Rotary cuando algún sarcástico se burlaba de la organización, de-